

DIALOGO CON JORGE ROJAS

Entrevista de Rafael HELIODORO VALLE

PASADIA y cielo. Y en Bogotá. No podía pasar por Colombia sin tener un rato de conversación con Jorge Rojas, para es-
tinar de cerca su renombre de gran se-
ñor, su esmerada humana, su poesía. Carlos
Pellicer y Germán Pardo García me lo habían
presentado mentalmente en alguno de los pu-
blanos o se discurre sobre problemas entraña-
bles. He gozado su trato y he advertido su im-
perio interior, que se ampara bajo una sonrisa
tranquila, desde la cual pareciera el recuerdo; y
he visto jugar con su ironía. Era Negro ha-
biendo de jugar con sus temas profundos; sobre
todo después de haberle entregado un ejemplar
del volumen *La poesía de Juan Páez*, que
sigue promoviendo comentarios y discusiones.
—Por qué no hay en Bogotá una revista
literaria, exclusivamente.
—Crítica del día. Zaldívar, pero no a través de ella
se discuten problemas que no son integrales de
literarios. Lo continuamente *Esperid*, de di-
mensiones reducidas. Sin embargo, se habla de
ya a un *Bolivar* *Bolivar*.

—Si, *Bolivar* será el nuevo nombre de la
Revista de las Ideas.

—También ha sido difundida en América,
aunque nos llega con cierta impuntualidad.

—Cuando la publicaban Zaldívar y León de
Greiff, la revista publicaba notable colaboración
literaria, hacia 1938, cuando vino la segunda o-
límpica, cuando "vinieron embajadores. In-
telectuales a las fiestas del centenario de Bogo-
tá. Entonces fue reformada y apareció como
secretario de redacción Eduardo Carranza.

—Mientras tanto, el suplemento dominical
de *El Tiempo* nos ha permitido tomar el pulso
a cierta producción literaria de Colombia.

—Hace veinte años apareció dicho suple-
mento. En Bogotá siempre ha habido suplemen-
tos dominicales.

—Supongo que usted conoce los de *Novedades*
y *El Nacional* de México, que dirigen Fer-
nando Benítez y Juan Rejano, y que son de
primer orden.

—No los conozco. Debo recordar un in-
tervención que se frustró. Estaban en Bogotá Pablo
Abel, Rosa Arce y Benjamin Carrión, y una
noche, entre trago y trago, nos preguntamos
unánimemente por qué no habíamos en Co-
lombia, conagradó directamente a la poesía americana,
conagradó directamente a la que cada uno de los
miembros de la nueva institución pagaría diez
puros mensuales. Eso ocurrió en 1938. Por cierto
que yo fui testeo.

—¿Y qué nombre iba a tener la revista?

—Pensamos en varios: *Albino*, *Albino*,
Cérea, *Albino*. Pero nombres imaginarios.

—No aparecieron los diez puros mensuales.
Nadie los dio. No llegamos a ningún acuerdo.
Vino 1939 en que se celebró el centenario de
Tunja y fui invitado a decir un poema, y escri-
bí entonces una poesía sumergida. Era un
centenario en tercetos, de un rigor métrico
bestial. Recuerdo muy bien que, al terminar de
decirlo, el padre Félix Restrepo exclamó:

"Muy bien hecho su poema; pero no entiendo
nada. Era un poema absurdo, para unos; y
para otros, era una verdadera conmoción."

Y contré que era llegado el momento de editar
un primer cuaderno de letras, y le puse *Piedra*
y *Cielo*, sin consultar a nadie. Era un homenaje
tácito a Juan Ramón Jiménez. Pretendía hacer
unos cuadernos colombianos para que no
quedaran del insularismo que tanto se nos ha
criticado.

—¿Y qué nombres colaboran?

—Pensé en Rafael Maya, Valencia, León
de Greiff. Pero pensé más en los muy nuevos.
A la altura del tercer cuaderno se nos vino en
cima, Juan Lozano, desde *El Tiempo*, con cen-
suras violentas, asegurando que nuestros cua-
dernos eran atentados contra la patria, la cultura
y la religión, y fui el quien empezó a llama-
mos "piedricelistas".

—Pero ¿qué fue la reacción de los lectores?

—La gente nos defendió, y otros estaban
al lado de él. Durante varios años no hubo un
solo día en que no se escribiera sobre nosotros.
Eso tuvo ecos en todo el mundo. Miondare,
Valery Larbaud, por ejemplo, desde Francia;
y aparecieron comentarios en toda América, así
como traducciones al inglés, al francés y al
italiano. Yo hacía los paquetes para el correo. Me
ayudaba el Ministro de Relaciones y salían ha-
cia el extranjero sin costo alguno; pero hubo
un momento en que no pude atender ni la co-
respondencia; vino la escasez de papel; habían
salido ocho cuadernos.

—¿Y el programa de acción?

—No habíamos fijado ningún postulado.

Eso sí, habían diferentes en nuestra vida. Pero
nuestros ideas políticas, en nuestra poesía. Pero
resulta que...

—Se los ha llamado "piedricelistas" en
algunos textos didácticos de varios países.

—Y lo curioso es que ya ha "post-piedricelista"
y también un grupo de "cuadrincolistas".

—Por supuesto que también habrá "post-
cuadrincolistas"...

—Ya aparecieron, pero con el nombre de
"coca-colas". De modo que esto de ser poeta
nuevo es algo que ofrece muchos peligros. El
poeta nuevo acaba siendo efímero. No
hace obra formal.

—¿De modo que el piedricelismo no tenía
ninguna característica?

—No tenemos nada especial. Volvimos al
soneto de Garcilaso. En aquellos días apare-
cieron los centenarios, el de Lope, el de Góngora,
el de Garcilaso. Todo eso, aun cuando la
mayoría fueron hombres de estudio, nos es-
timulaba.

—¿Quiénes eran los piedricelistas?

—Ante todo, Eduardo Carranza, Aurelio
Arturo y Gerardo Valencia, que ya eran aboga-
dos; Carlos Martínez y yo, que también se-
guimos la misma carrera, pero no nos gra-
duamos.

—Sin embargo, he oído, no sé a quién, lla-
mar a usted doctor.

—Mi padre murió en 1937, casi en quiebra.
Era para ir al momento muy difícil. Tuve
que trabajar para que los negocios se liqui-
daran bien. Me han llamado doctor, no sé por
qué...

—¿Querrán decir doctor en poesía. Cuando
yo visité Bolivia, un periódico me llamó in-
geniero. No veo por qué a un poeta no se le
puede llamar doctor. ¿Es que no podríamos
decir "el doctor Gustavo A. Bécquer"? Y a
propósito, ya que he mencionado a Bécquer
habría mucho que decir sobre él, ya que ha
vuelto a tener inmensa actualidad.

—La poesía moderna no puede desenten-
darse de Bécquer. Esas cosas de regreso...

Aquí había una gran influencia modernista.
Encontramos difícil volver a las fuentes del
idionema. Se les había hecho muy revolucionario
poner un soneto de Quevedo. No digamos
un soneto de Góngora...

—Pese eso sí, nada de referencias al cine.

—Un retorno al equilibrio, que siempre ha
privado en Colombia. Procurábamos apro-
vechar todo lo bueno de los "ismos". La poesía
española era nuestra gran devoción. Y luego
por Rilke. Ahora bien; estábamos en la época
de Freud.

—¿Y García Lorca?

—Era uno de los nuestros; pero nos dimos
cuenta de que era un lugar común; era
una influencia desilustrante. Si se quiere, puede
decirse que había una gran influencia, pero en
contra del lorquismo; no dejar influenciarse
por él.

—No la poesía pura, ni la poesía social.

—Decía yo alguna vez que la poesía de-
bería ser como un buen cotto, en el que no
se advirtiera en donde está la filosofía o la
historia sino el puro sentimiento.

—Porque el afán de escribir, de lucubrar
sobre la poesía, siempre lo hemos tenido. Y
ese afán ha culminado en el libro *La poesía*
de Pfeiffer.

—En 1933 la antología poética de Gerardo
Diego movió muchas inquietudes en Colombia.
Nos hacía pensar sobre lo que decían Un-
muo, Salinas, etcétera... Una aventura a lo
absoluto; es que dicen Juan Ramón Jiménez
y Alexandre. Se hacían frases, sin tratar, en
realidad, de esclarecer el problema.

—Por antes se puede llegar al conocimiento.
El poeta no se llama a decidir, a
examinar, sino el crítico, el hombre de letras.

—Pero...

—Quiero decir: ¡el poeta, crítico de sí
mismo!

—El poeta está siempre parcializado hacia
su poesía. Nuestra entrada en el mundo de
Valéry, ¡qué prodigiosa! Valéry sí analizaba y
explicaba. No puede ser más interesante su
poética con el Abate Brumont.

—¿Y en nuestra América?

—Creo que aquí en Colombia, no sé si en
América, no existe la carrera de escritor. Eso
explica por qué en Colombia hay grandes vo-
caciones literarias. Aquí los poetas han tra-
bajado haciendo censos, o en oficinas de fer-
rocarriles, o llevando la contabilidad de alguna
casa de comercio. Y Guillermo Valencia par-
ticipó de los azares de la política.

—En algunos de nuestros países los jó-
venes creen que el camino más fácil es el de
la poesía, y son muchos los que se imaginan
que basta destapar palabras, medirlas y comen-
tariarlas, para haya un lenguaje poético.
Y algo más. Creen que hay un parajillo inter-
ior que anda suelto por allí y que puede can-
tar como le da la gana. No toman en cuenta
el ejemplo de Guillermo Valencia, trabajador
que conocía a fondo su oficio. Parece que us-
tedes los piedricelistas tuvieron un rifarrife con
él...

—Abusaban mucho de Valencia. Lo hacían
escribir sobre una silla, sobre un malabari-
sta... Y también escribía prólogos.

—Pero ¿cómo fue el encuentro de ustedes
con él?

—En aquel encuentro nació el epíteto "pie-
dricelista".

—¿Con qué empezó allí?

—Apareció un artículo, me parece que de
Eduardo Carranza, sobre la poesía del mas-
tro Valencia. Lo publicó *El Tiempo*, así como
los que nos dirigió Lozano y Lozano.

—¿Y contestó Valencia?

—No. No contestó. Pero apareció un ar-
tículo de Sanín Cano, en que hablaba de Va-
lencia, los camellos, etcétera.

—¿Y Palomón el Estilita?

—¡Eso! Lo consideramos muy alejado de
cosas que él no había visto. Era una cosa fría,
marimón...

—Así se explican sus tradiciones del chi-
no. De seguro trataba de hacer un nuevo efec-
ticio.

—Ese respeto que le rodeaba en la última
etapa de su vida, pues hasta el último barre-
tero se inclinaba ante él; ¡Los poemas de él
habían sido candidato a la presidencia dos ve-
ces. Durante las campañas electorales vendía
cuadernos con poemas suyos. Era ediciones
de 50,000 ejemplares, un nombre estaba aquí
y allá... La gente no sabía por qué. Y, natu-
ralmente, lo que dijo Carranza despertó una
sensación general. La bolsa, los valores, tem-
blaron... Muchos tergiversaban lo que Ca-
ranza decía, pero yo sé que él mismo se identi-
ficaba con el gran respeto y la admiración que
caracterizaba la tenía. A Carranza no le movía nin-
gún sentimiento mezquino.

—No he podido encontrar algún volumen
en que estén reunidos los detalles de esa con-
troversia.

—Eso ha tenido sus ciclos. Luis María
Mora escribió, lo mismo que dijo Juan Lozano
y Lozano contra los "piedricelistas". Abelardo
Ferreiro Benavides había escrito cinco años an-
tes sobre la poesía fría de Valencia.

—¿Antes de Carranza?

—Ya Valencia era un consagrado. La apor-
ción de muchos jóvenes, de lectores y de
críticos por otra parte, dió más color a la
controversia. Y sobre ésta había grandes des-
pliegues en los periódicos.

—Por Silva hay una gran curiosidad; pero
no puede negarse que en su poesía hay ele-
mentos externos. Y luego su leyenda. Y ya es
de mal gusto insistir sobre el naufragio del
América y sobre el suicidio del poeta.

—Pero Silva sí fue un nuevo temblor de
la sensibilidad poética hispanoamericana.

—Claro, no sólo para Colombia, sino para
el idioma. Ese lirismo suyo, esas cosas impa-
lables... Creo que Bécquer ejerció gran des-
pliegue sobre él.

—¿Y se ha publicado toda la obra poética
de Silva?

—Voy a regalarle un volumen en fascículo.
Lo que el poeta publicó ya se conoce reciente-
mente. No importa que en ese volumen figuren poe-
mas que no debieran figurar y que el poeta
desconociera.

—Lo mismo que sucedió con Díaz Mirón
en México, cuando publicó *Lasca*. Era el pró-
logo dice que desconoce todo lo anterior. Es
lo mismo que ha hecho Pablo Neruda, a última
hora, no se sabe por qué.

—Lo que ya se publicó, ya fue entregado.
¿A qué defensor? Si está mal, ¿para qué?
... ¿Y está bien, ¿a qué defensor?

—Además, ningún poeta, ni Dante, ni Shakes-
peare, comenzaron escribiendo bien. Si no
fuera así, no habría experiencia poética. Es
un problema que contemplo ahora que reúno
materiales para una *Antología de la poesía con-
temporánea hispanoamericana* que no sé si
hallé editor. Necesariamente reiteraré lo que
siempre he dicho, que cada antología repre-
senta el gusto particular del antologista y que
en la producción de cada poeta hay sombras
inesvitables.

—Toda antología —me dice Rojas— es
una arbitrariedad.

—Algunos poetas empezaron escribiendo
bien; luego se evadieron, se apagaron, porque
no tenían la auténtica vocación literaria.

—Cada poeta triunfa sobre otro que ha
sustituido.

—Pero cada poeta auténtico se va encadenan-
do a una tradición; y a la larga se con-
vierte en antepasado.

—No conozco ningún poeta que sea del
todo original. Cada uno continúa una tradi-
ción. De esa tradición toma la mejor, la en-
riquece, y así va desarrollando su personalidad.

—En estos días se ha vuelto a la precau-
ción de explicar qué es la poesía.

Y aquí se trunca esta conversación, para
seguir, algún día, entre piedra y cielo.

(En la producción literaria de Jorge Rojas
figuran: *La forma de su vida* (1939), *La ciudad
anagórica* (1940), *Rosa* (1941), *Cinco poemas* (1942), *Parabólica del
Nuevo Mundo* (1945), *La invasión de la noche*
(1946), *La doncella de agua* (1948) y
Solitudes (1948). Ha sido jefe de la Dirección
de Cultura en el Ministerio de Educación Nacional.
Su mundo se divide en cuatro
atmósferas: la Poesía, su Colombia, su Bogotá,
su familia.)



CALIDRA
S.A.

Un SOLIDO
PRESTIGIO para
UNA SOLIDA
CONSTRUCCION

"CALIDRA", S.A.
FERROCARRILES NACIONALES 155. COL. ANAHUAC, D. F.
Ete. 17-39-23 y 17-39-65; 38-29-46. Ap. Postal 1. Suc. Mariano Escobedo, D. F.